



# HERRIOT Y AZAÑA EN 1932: ¿UN ENCUENTRO?

**Contribución al libro *La Segunda República y su Proyección Internacional*, recientemente coeditado por CIERE y Catarata**

Pedro L. Arriba  
Director de *Cuadernos Republicanos*

Nada emancipa tanto al juicio de prejuicios, como pasar de lo hipotético a lo efectivo. Pero esto sólo puede entenderse a condición de que no se olvide nunca que el prejuicio más común y más obstinado es el de la propia imparcialidad. Al parecer, solo los asuntos anodinos son susceptibles de poder observarse con algún grado de distancia crítica. En los demás casos, cualquier perspectiva vagamente ecuánime debe conquistarse venciendo en el arduo proceso de pasar, de la desinformación, al detalle, sin pretender alcanzar algo más que una mayor precisión.

Siendo evidente para todos que actos idénticos, incluso a veces los mismos actos, pueden inspirar admiración en unos y espanto en otros, parece que la neutralidad valorativa dependería de algo tan sobrehumano como estar por encima de los valores. Sin embargo, como ya señaló Max Weber, la neutralidad valorativa consiste en asumir de modo efectivo el deber de no deformar los hechos, sin por ello renunciar absolutamente a la defensa los propios ideales.

Dicho de otro modo, y como ya expresó Polibio, si bien es cierto que la humanidad no posee mejor regla de conducta que el conocimiento de su pasado, los márgenes de actuación para quien escribe acerca de la historia se limitan exclusivamente a la opción de elegir la versión más verosímil, sin que pueda admitirse el olvido de que todo registro está expuesto a error.

Nada más lejos del propósito de este texto que ser siquiera una emulación, si bien sería muy menor, del género de las “Vidas paralelas” de Plutarco. Fue Plutarco un autor de biografías de personajes célebres de la época greco-latina, que creó un estilo singular y personalísimo.

Se caracterizó por emparejar a los personajes biografiados de dos en dos, en razón de la existencia entre ellos de alguna similitud o parecido en el curso de su trayectoria vital. Esto hacía posible que Plutarco, al final de cada una de esas biografías dobles, estableciera una comparación o *Sinkresis*, que posibilitaba al lector el poder comprender lo específicamente distintivo de cada uno de los dos personajes, a efectos de estar en disposición de alcanzar categorías que pudieran servir de guía para la conducta de los hombres. La propia extensión del texto que ahora se presenta, construido sobre una ponencia presentada en el Ateneo de Madrid, en abril de 2016, impide considerar siquiera verosímil cualquier hipótesis al respecto.

Sirvan estas advertencias de premisa para abordar a dos personajes, Azaña y Herriot, que fueron muy importantes en la historia de sus respectivas naciones, aunque quizá no fueran los más importantes, o no lo fueran todo el tiempo. Sin que sea posible llegar a considerarlos arquetipos, no hay duda de que ambos tuvieron, cuando menos, algo de arquetípicos.

Ninguno de los dos fue precisamente un Prometeo, pero algo de prometeico tuvieron sus afanes y sus sueños. Ninguno de los dos, y muy especialmente Azaña, podría considerarse un “ganador”, según la terminología de inspiración norteamericana al uso. Pero ambos dos simbolizaron y representaron como casi ninguno, y de modo cabal y completo en el conjunto de sus respectivas peripecias vitales, los proyectos y los sueños más profundos del progresismo liberal radical que surgió en el último cuarto del siglo XVIII, que triunfó principalmente en el siglo XIX, y que pereció definitivamente en algún momento de los muchos trágicos momentos que vivió el mundo entre 1914 y 1945.

En algún breve intervalo, los dos personajes fueron considerados dentro y fuera de las respectivas fronteras nacionales, como los “hombres del momento”. Y ambos fueron denostados, y hasta aborrecidos, y con mucha inquina, tanto por la izquierda, como por la derecha. Y sus carreras políticas terminaron, o bien en el fracaso, rotundo en el caso de Azaña, o bien en su antesala, tanto en la caída de la III República Francesa, como en la de la IV, que Herriot no llegó a ver por meses. Ambos, Azaña y Herriot, coincidieron solo una vez en sus vidas, y no

está nada claro que se entendiesen, en el preciso sentido de la palabra, en aquella ocasión. Fue en 1932.

La visita a España del Primer Ministro francés, Edouard Herriot, iniciada el 1 de noviembre de 1932, fue la primera y más importante visita de estado recibida en Madrid desde la proclamación de la República, en 1931. También fue la única de tan alto nivel de las recibidas entre 1931 y 1939. En sí misma, podía haber significado el manifiesto respaldo internacional a la República, por parte de una de las grandes potencias mundiales, con la que además se mantenían unas relaciones comerciales de primer orden, aunque no siempre cordiales, y se compartía una importante frontera en Europa y un protectorado en África. Y esas relaciones eran en general buenas y más que centenarias, lo que podría haber otorgado a esa visita el carácter de señal, sumamente visible para todo el mundo, de algo más que un reconocimiento: de un firme respaldo internacional al nuevo régimen instaurado en España en 1931.

Sin embargo, la visita resultó muy poco trascendente, a la postre. Todo se resumió en una recepción en la Embajada de Francia en Madrid, una visita a Alcalá de Henares, una condecoración con la medalla de la Legión de Honor concedida en su domicilio a un anciano súbdito francés, residente en Madrid, y la firma de tres convenios técnicos en materia laboral y de asistencia a trabajadores. Y, desde luego, como encuentro principal, se produjo la visita al cigarral de Gregorio Marañón, en Toledo, donde Herriot se entrevistó con Azaña. Acto este último en el que estuvo acompañado por Marañón, Madariaga, de los Ríos y otros destacados personajes. De dicho acto ha quedado un registro filmado que permite escuchar la voz de Azaña, con ocasión de las palabras que pronunció en la bienvenida al ilustre huésped.

### **Pero, ¿pudo haber sido quizá algo más?**

La visita de Herriot a España, a comienzos de noviembre de 1932, había despertado las más altas expectativas y encendido los más intensos debates sobre los pros y los contras de una posible alianza con Francia. Pero, en lo que se refiere a los acuerdos alcanzados, y como se acaba de indicar, la visita quedó limitada a la firma de tres convenios en materia

laboral, según informó la prensa del 3 de noviembre de dicho año. Las dimensiones políticas y diplomáticas de ese encuentro han sido magníficamente descritas por Ángeles Egido en un trabajo titulado “Los antecedentes de la intervención extranjera: la República y Francia”, fácilmente accesible en internet, y a cuya lectura remito por su claridad y concisión: (<http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:ETFSerie5-15E8313B-1C33-48A7-3C29-3E33390FB977/Documento.pdf>).

Y, sin embargo, es difícil no sorprenderse de que la visita de Herriot, que desde luego no fue un desencuentro, se sustanciase más bien en lo que podríamos denominar un no-encuentro. Y ello, cuando todo parecía anunciarse como favorable para que la reunión hubiera tenido más alta trascendencia. Pero, para asombro de todos, Azaña y Herriot no pasaron de saludarse cortésmente, sin excederse para nada en efusividades.

Herriot no guardó buen recuerdo de la visita, de eso no hay dudas. El propio Azaña pudo comprobarlo unos ocho años después, en julio de 1940, cuando intentó comunicar con Herriot por teléfono, para que le ayudase en momentos críticos, y el francés cortó la comunicación.

El asombro por el fiasco que la vista del premier francés pudo producir, en su momento, se traduciría en sorpresa si se tiene presente que, paradójicamente, los dos protagonistas principales de la visita, Azaña y Herriot, eran dos personajes que ofrecían, al menos aparentemente y sobre el papel, notables similitudes y amplias afinidades.

Y en un momento en el que todo parecía propicio para haber logrado plasmar alguna clase de iniciativa, algún acuerdo político, una declaración conjunta, algo, en fin, para la consolidación de la posición política internacional de España y de su República. Y eso, justo en el preciso instante en que cualquiera de esas cosas era posible hacerlas de la mano de Francia que, al igual que Inglaterra, era uno de los países con los que España había mantenido durante más de cien años las más importantes relaciones, comerciales, políticas, culturales, etc.

Era precisamente la situación que empezaban a atravesar las relaciones internacionales lo que, poco a poco, capitalizaría la atención

general. La situación internacional estaba revuelta desde el comienzo de la intervención japonesa en Manchuria, en septiembre de 1931, y empezaba a ensombrecerse más con los riesgos que ya afloraban en Europa. En las cancillerías empezaban a acrecentarse las preocupaciones y a desatarse las inquietudes. Y es que los riesgos para la estabilidad europea se estaban incrementando de un modo muy claro. Y la política exterior de la República Española se había volcado en demasía en un “pacifismo neutralista”, muy poco proclive a sellar alianzas con nadie, que terminó siendo estéril. Quizá la política exterior española había optado por la línea más “de moda” para el gusto de la opinión pública, pero esa elección le podría llegar a situar en una línea que le iba a resultar muy poco útil en términos reales.

Pero todo cambió muy rápidamente. Piénsese que, tan sólo tres meses después de la visita de Herriot a España, el 30 de enero de 1933, Hitler sería nombrado Canciller de Alemania, comenzando la creación del régimen nazi. Y ya durante el año 1932, Mussolini, que no ocultaba sus afanes imperialistas, había expresado las ambiciones territoriales de Italia sobre el Mediterráneo y, en lo que afectaba a España, sobre las Islas Baleares.

El 17 de diciembre de ese mismo año 1932 cayó en París el gabinete Herriot y, tras el breve paréntesis del gobierno de Joseph Paul-Boncour, fue sustituido por Daladier, el 31 de enero de 1933, al que igualmente sucederían Sarraut, Chautemps, Flandin, Bouisson y Laval, de nuevo Daladier, por un día, el terrible 6 de febrero de 1934, y después Gaston Doumerge. Y todo ello en tan sólo dos años, lo que hundía en la inestabilidad gubernamental a Francia, llevando a la Tercera República Francesa a la crisis del 6 de febrero de 1934, de la que ya no se repondría hasta su abolición por Pétain, con apoyo de los ocupantes alemanes, en julio de 1940.

Y así, el viaje a España de Herriot resultó al final más una anécdota que pasó casi desapercibida y, sin que nadie lo hubiera esperado antes de esa visita de 1932, la cuestión española pasó de nuevo a engrosar en Francia el amplio expediente de los asuntos secundarios, diluyéndose entre los restantes temas de menor relevancia, al menos a plazo corto. También el gobierno de Azaña caería en septiembre de 1933.

Como recoge Ángeles Egido en su citado trabajo, a partir de las notas del Embajador de Francia en España, el Gobierno francés había venido insistiendo desde comienzos de 1931 “en la conveniencia de una alianza anglo-franco-española que garantizaría a España la seguridad en la frontera pirenaica -por Francia- y en los archipiélagos -por Gran Bretaña- y reforzaría los lazos de aproximación entre Francia y Gran Bretaña al encontrar, en el acercamiento a España, una base común de confluencia...” y que seguramente Francia podría hacer esa propuesta con mayores posibilidades de éxito al existir “entre Francia y algunos de los hombres que gobiernan actualmente España (...) una afinidad que podría echarse en falta si nuestros interlocutores españoles llegaran a ser otros”. Pero no parece que finalmente esa afinidad permitiese mucho más que la cortesía de una sesión protocolaria.

Antonio Machado, en su *Juan de Mairena*, comentaba la enorme desazón que le producía el tener que revisar su obra. Porque al hacerlo, no podía dejar de apreciar, verso a verso, palabra a palabra, lo poco que había logrado y todo lo que había renunciado a acometer, en contraste con lo mucho que había intentado conseguir. Por ello pedía que se le juzgase no tanto por lo primero, sino más bien por esto último.

Y es que pocas veces, como entre 1931 y 1936, pudo decirse al modo dickensiano que España vivió entonces el mejor y el peor de los tiempos posibles. Fue una época de sabiduría e ignorancia, de razón y de locura, de luz y de tinieblas, primavera de la esperanza e invierno de la desesperación. Se pudo tener todo y no se alcanzó apenas nada, y si bien algunos creyeron rozar con sus dedos los cielos, todo terminó por precipitarse en un insondable abismo. Por eso, quizá, sea oportuno recordar la cita machadiana y, así, aproximarse a este episodio, y en general a aquel tiempo, más por lo mucho que quizá se intentó, que por todo lo que se renunció a acometer, o por lo escaso que fuera lo que al fin se consiguió.

Está claro que todo el entorno del encuentro, especialmente por parte francesa, estimaba muy altamente lo que se ha denominado “afinidades” entre los dirigentes franceses y españoles. Y se las daba por seguras y ciertas. Sin embargo, pese a que aparentemente tenían mucha proximidad y coincidían en muchas cosas, y sin duda así era, también había diferencias entre Herriot y Azaña, y no sólo de edad.

Entre las similitudes más destacables está el que ambos fueran escritores de mucho relieve. Azaña logró ganar el Premio Nacional de Ensayo, en 1926, con su obra “Vida y Obra de Juan Valera”, y ha dejado una ingente obra literaria, periodística y de memorias. También Herriot dejó una importante obra literaria y ensayística. Ganó el Premio Victor Cousin, de la Academia Francesa, por su obra *Philon le Juif* (1897). Su mayor éxito en esa época inicial lo obtuvo con la publicación en 1904 de su novela *Madame Recamier y sus amigos*. En 1907 escribió *Vida y Pasión de Miguel Servet*, un tema español. Y llegó a ser Académico él mismo, dejando una interesante obra, como ya se ha dicho, en la que actualmente cabría destacar su *Vie de Beethoven* (1937), muy alabada y que fue recientemente reeditada por Gallimard, en 2012.

Pero Herriot fue mucho más que un político de talla, que un orador irresistible o que un escritor de primera. Herriot (1872-1957) fue reconocido como la encarnación de un modelo republicano genuinamente francés: un auténtico arquetipo del hombre político del radicalismo de la Tercera República Francesa. Más joven que los veteranos republicanos que en 1901 fundaron el Partido Radical, Herriot se integró en la siguiente generación de dirigentes propiamente republicanos que tomó el relevo en la dirección de la República en los años de la Primera Guerra Mundial y en los años de entreguerras.

Herriot fue un hombre representativo de toda una generación de dirigentes radicales para quienes la política estaba fundada sobre fuertes convicciones ideológicas. Unas convicciones que se podrían resumir en la voluntad de perpetuar la cultura política de lo mejor de lo que había surgido de las revoluciones francesas de los siglos XVIII y XIX, y en la firme creencia en el progreso social ilimitado, impulsado principalmente a través de facilitar la promoción social para los más dotados y para los más trabajadores.

Azaña, en los diez últimos años de su vida, también se vio inserto en el trance de representar él mismo, en su propia peripecia vital y en solitario, la trayectoria completa de la II República Española, casi de principio a fin. Incluso se ha llegado a afirmar que Azaña encarnó en su persona la República que contribuyó a crear y a la que apenas sobrevivió poco más de un año.

Azaña procedía de una acomodada familia del patriciado liberal que se había conformado en Alcalá de Henares durante el siglo XIX. Su padre, Esteban Azaña, de orientación liberal moderada, había sido alcalde de la ciudad durante la Restauración (1875-1931), y fue el autor de una *Historia de Alcalá de Henares*. La familia disfrutaba de una posición económica que podríamos calificar de desahogada. Pero esa situación se vio dramáticamente alterada, desde luego para Azaña, a causa de la temprana muerte de sus padres, sucedidas entre 1889 y 1890, durante los años finales de su infancia.

Herriot, por su parte, procedía de una muy modesta familia, y simbolizó en su persona y en su trayectoria, como casi ninguno, el esfuerzo de promoción social propio del radicalismo republicano francés. Nieto de un cabo e hijo de un teniente chusquero del ejército francés, debió su ascenso social a sus méritos escolares, encarnando así la “meritocracia del diploma”. Una nota esta característica, en esa época, de los graduados de la Escuela Normal Superior de París, los *normaliens*. Un sistema de ascenso social, la meritocracia, que ofrecía la República a toda la población como el mejor camino para lograr una efectiva promoción social. Es cierto que Azaña también obtuvo muy buenas calificaciones escolares, pero si Herriot pudo estudiar, fue gracias a las becas obtenidas por sus altas calificaciones.

Los años en que el *Affaire Dreyfus* dividió a Francia (1894-1906), sorprendieron al joven Herriot terminando sus estudios y dando comienzo a su carrera de profesor de filosofía y de retórica, que le terminaría llevando a ejercer como enseñante en Lyon. En esos años, se integró resueltamente entre los *dreyfusards*, que dirigía Clemenceau. Y en ese entorno, su activismo, su oratoria y sus éxitos literarios le hicieron destacar. Se aproximó a Clemenceau y, así, también a las ideas y a los hombres del incipiente radicalismo republicano francés que, en 1901, habían constituido el Partido Radical.

La fama alcanzada como activista republicano y su poderosa oratoria le llevaron a entrar en la política municipal. En 1904 fue elegido concejal de Lyon, integrado en la candidatura del partido radical. Al año siguiente, en 1905, por razón del nombramiento para Gobernador de Indochina del alcalde Augagneur, la alcaldía quedó vacante. En ese momento, el liderazgo ganado en Lyon permitió que Herriot resultara

elegido nuevo alcalde. La política municipal de Lyon continuaría siendo objeto de preferente atención toda su vida y, excepto entre 1942 y 1945, bajo la ocupación alemana, fue alcalde de la ciudad hasta su muerte, en 1957.

Fueron esos mismos los años en los que Azaña terminaba sus estudios de Derecho, con la licenciatura y el doctorado. Años en los que se incorporaría como asociado a la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación (1899) y al Ateneo de Madrid (1900). Unos años en los que también logró obtener una beca para ampliar en Francia sus estudios de Derecho.

También fue elegido para integrarse en la Junta de Gobierno del Ateneo de Madrid, como Secretario Primero, en 1913, puesto desde el que desarrollaría una intensa labor en esa Docta Casa, hasta 1919. Su dictamen para resolver el problema de las cédulas hipotecarias emitidas para la construcción de la actual sede ateneísta, sirvió para resolver la grave crisis económica que arrastraba el Ateneo desde 1884. Volvería al Ateneo en 1930, como Presidente de la Institución, tras vencer en las elecciones, ejerciendo la dirección de la Docta Casa entre ese año y 1932. Dos años en los que hubo de simultanear la Presidencia del Ateneo con sus tareas de responsable ministerial, primero, y de Primer Ministro, desde diciembre de 1931.

Asimismo, comenzó a desarrollar en los primeros años del siglo XX sus indudables aptitudes literarias, poniendo en marcha algunas revistas y colaborando asiduamente en medios de prensa. En ese mismo tiempo, Azaña se acercaría al movimiento regeneracionista, participando en la fundación de la Liga para la Educación Política (1913) y en la creación de la célebre revista *España*, con Ortega y Gasset y los integrantes de la llamada generación de 1914. Y en 1920 fundó la revista literaria *La Pluma*, con la que alcanzó mayor fama.

Igualmente se introdujo Azaña en esos años en la política activa, afiliándose al Partido Reformista de Melquiades Álvarez, en cuyo entorno se desarrolló hasta la llegada de la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1929). Candidato dos veces al Congreso de los Diputados por los reformistas, nunca obtuvo los votos suficientes.

En 1914, al iniciarse la I Guerra Mundial, participó en las campañas a favor de los aliados, realizando varios actos de orientación aliadófila, y fue corresponsal de guerra en Francia, donde contactó con el radicalismo republicano francés. En esos años de guerra, Azaña llegó a ejercer su primer liderazgo claro como uno de los dirigentes más destacados de los aliadófilos, en el intensísimo debate nacional que suscitó la contienda. Pronunció varias conferencias sobre la guerra en el Ateneo y escribió una importante obra sobre la política militar de la República Francesa, que fue publicada parcialmente. Entre 1919 y 1920 y junto con Cipriano Rivas Cherif, residió por unos meses en París, donde pasó por experiencias que le resultaron muy satisfactorias personalmente. Como decía Baroja en *La Noches del Buen Retiro*, pasar una temporada en París era, para los hispanos de ambos hemisferios, como obtener una especie de “Doctorado de la Vida”.

Para la carrera política de Herriot, la década de 1910 a 1920 fue trascendental. En 1912 saltó a la política nacional, al ser elegido senador por el distrito del Alto Ródano. Entre 1916 y 1917, ya en plena I Guerra Mundial, fue ministro de Francia al integrarse en el gobierno de Aristide Briand, como Ministro de Obras Públicas, Transportes y Suministros, es decir, como responsable de la intendencia general del esfuerzo de guerra. La sustitución del gobierno Briand por el gabinete de Clemenceau, en noviembre de 1917, el denominado “Gobierno de la Victoria”, dejó a Herriot fuera del gabinete y en medio de una seria crisis. El nuevo gobierno y su Primer Ministro, el veterano Clemenceau “el Tigre”, intentaron exigir responsabilidades a sus predecesores, especialmente a Herriot. Se le acusó de debilidad en la dirección de la guerra. Pero la acusación se desvaneció muy rápidamente.

En realidad, la imputación a Herriot y otros se debía más bien a una pugna entre hombres del partido radical, que fue premonitoria de las graves tensiones que surgirían en 1919 dentro del radicalismo. Unas pugnas que llevarían a Herriot a ser considerado finalmente como el hombre de consenso que podría reintegrar su perdida unidad al partido. Una tarea ésta última, que le llevó a presidir el Partido Radical en tres ocasiones, de 1919 a 1926, de 1931 a 1936, y de 1945 a 1957.

Su creciente prestigio le permitió organizar y liderar, en las elecciones de 1924, el agrupamiento de las izquierdas en el denominado

*Cartel des Gauches*. El Cartel ganó en las urnas y Herriot formó su primer gobierno. Era una auténtica culminación de su aún incipiente carrera, al alcanzar el puesto de Primer Ministro, el 14 de junio de 1924. Pero su gobierno no tendría larga vida, pues cayó el 10 de abril de 1925.

El programa maximalista del *Cartel des Gauches* con el que Herriot ganó las elecciones, hizo que su gobierno chocase frontalmente con la ardua realidad de la crisis económica. Una situación que hizo aflorar tensiones en el *Cartel des Gauches*, entre intransigentes y moderados. Herriot trataría de evitar las medidas más socializantes de su programa, que podrían ser peligrosas para el mantenimiento de las actividades empresariales, necesarias para mantener el nivel de empleo. Tampoco tuvo éxito el programa laicista del *Cartel des Gauches*, por razón del enorme peso de los católicos en Francia. Y tampoco quiso Herriot llegar en este asunto a un choque frontal con los católicos franceses.

Para Herriot, que contaba ya con 52 años, se trató de un choque contra la realidad desde el utopismo programático del que había partido inicialmente. Su intención de implantar un impuesto directo sobre el capital fue recibida con alarma en los medios industriales y financieros, que desplegaron todos los esfuerzos para impedirlo. Herriot intentó una conciliación que fue finalmente imposible. Sus adversarios socialistas, dentro de la misma coalición de gobierno, consideraron que la política del gobierno de Herriot consistía en el permanente incumplimiento programático, lo que les llevaba a denunciarlo públicamente por causa de la línea cada vez más posibilista que adoptaba la actuación del gobierno Herriot. Uno de los éxitos de su gobierno, pese a todo, fue el reconocimiento diplomático de la URSS. Los socialistas, que integraban el gobierno desde el principio, terminarían por abandonarlo, dejándolo caer en la primavera de 1925. El motivo declarado de la dimisión de Herriot fue la negativa del Banco de Francia de realizar nuevos adelantos de Tesorería al Gobierno, para evitar el deterioro internacional de la cotización oficial del franco.

Unido a lo anterior no debe olvidarse la creciente tensión en el norte de África, donde crecían las amenazas de la rebelión rifeña. Abd El Krim, tras derrotar a los españoles en Annual (1921), se volvió amenazadoramente hacia el Marruecos Francés. La nueva situación en Marruecos llevó al gobierno francés a intensificar sus contactos con

las autoridades españolas, que no llegaron a cuajar en algún acuerdo tangible, por la caída de su gabinete. Al parecer, las posibilidades de que un gobierno presidido por Herriot pudiese llegar a algo tangible con gobiernos españoles, fueron siempre remotas.

Vale la pena recordar que el 13 de abril de 1925, tres días después de su cese como primer ministro, Abd El Krim lanzó su anunciada ofensiva contra el Marruecos Francés. El resultado fue demoledor. En pocas semanas los rifeños aplastaron a las tropas francesas en la batalla de Uarga y, tras masacrar a las correspondientes guarniciones, arrasaron casi 50 de los 60 fuertes construidos por Francia para proteger la zona de su protectorado. La misma ciudad de Fez se vio amenazada por los rifeños. El ataque condujo al inicio de una estrecha colaboración de París con Madrid, para atender los problemas surgidos en África, y se concretaron en la preparación y realización del Desembarco de Alhucemas, en septiembre de 1925. Esta aproximación permitió que París también pensase en elevar los tratos, desde lo estrictamente militar, a términos de planteamientos de colaboración más generales, de orden político. Y de paso, para tratar de resolver los viejos contenciosos existentes entre ambos países, tanto los puramente comerciales, como los existentes respecto al estatuto de la ciudad de Tanger. En el fondo, había un indudable propósito político de incrementar la cooperación. Pero Herriot, que también participó de ese propósito, ya no presidía el gobierno de Francia.

Quizá era ese mismo tipo de planteamientos los que subyacían a la intención de Francia de concretarlos mejor, en 1932, tras el cambio de régimen en España y de nuevo bajo un gobierno de Herriot.

El 21 de julio de 1926, Herriot recibió el encargo de formar un nuevo gobierno, pero no pudo hacerlo prosperar. Tras ello se incorporó, y con él los radicales, al gobierno conservador de Gastón Doumerge, para volver a la oposición en 1929. Herriot demostró con ello, además de su flexibilidad, la capacidad de los radicales para conformar gobiernos con la izquierda y con la derecha, ocupando la posición rectora en la dirección política de Francia. Un punto de moderación que Azaña nunca supo o pudo alcanzar, porque ha de descartarse rotundamente que no hubiera sido exactamente ese su deseo.

Nuevamente encabezaría Herriot el *Cartel des Gauches*, que se había vuelto a organizar por los radicales y los socialistas para las elecciones de 1932. El *Cartel des Gauches* volvió a ganar en las urnas y alcanzó la mayoría de la cámara. Herriot formó gobierno en junio de 1932, pero su segundo gobierno sería también muy breve, pues cayó en diciembre de ese mismo año. Y es que el Gobierno Herriot de 1932 se encontró ante la misma tesitura que el que había presidido entre 1924 y 1925, condenado a las dificultades, y hasta a la parálisis, por la contradicción manifiesta entre la política que exigían sus aliados dentro de la mayoría que apoyaba al gobierno, y la política de moderación con la que él creyó que debía dirigir la acción gubernamental de Francia.

Después de la caída de su gobierno en diciembre de 1932, y aunque posteriormente formó parte de otros gobiernos como ministro, Herriot no volvería a encabezar un gabinete, pero no por ello abandonó la primera línea de la política activa.

Así, entre 1934 y 1936, tras los sucesos de París, figuró como ministro sin cartera en los Gabinetes de Unidad Nacional conformados por Gastón Doumerge, primero, y por Flandin, Boissons y Laval después, tras la dimisión de Daladier, el 7 de febrero de 1934. Unos gobiernos en los que también figuraron el Mariscal Petain, el conservador Barthou y el mencionado Laval.

Al mismo tiempo, Herriot presidió el Partido Radical hasta 1936, en el inicio de los últimos y desesperados intentos de salvar una República que amenazaba ruina. Con la intención de salvaguardar el orden republicano, los radicales, nuevamente liderados por Herriot, se coaligaron en 1934 con los conservadores, pero la coalición nunca funcionó como habían esperado los radicales. Por esa razón, en 1936, el Partido Radical se orientó de nuevo a la izquierda, integrando con los socialistas y los comunistas el Frente Popular, por el que Herriot no sintió ningún entusiasmo, aunque lo apoyase.

La colaboración con socialistas y comunistas desde 1936 fue muy poco satisfactoria para los radicales, por lo que, a comienzos de 1938, dirigidos entonces por Daladier, apoyaron de nuevo la colaboración gubernamental del Partido Radical con la derecha, bajo el gobierno del

mismo Daladier, en una línea política que se mantuvo hasta la derrota militar de Francia en junio de 1940.

Es interesante detenerse un momento a mencionar algún detalle de la ruptura del Frente Popular francés, entre 1937 y 1938. Desde luego Herriot que, aunque en 1936 había aprobado la incorporación de los radicales al Frente Popular, también fue uno de los que presionaron a Leon Blum, en julio de 1936, para que el Gobierno de Francia adoptara la política de “No Intervención” sobre España, patrocinada por Gran Bretaña. El propio desarrollo de la experiencia frentepopulista en España llevó a Herriot a ir tomando distancias con sus aliados, los dubitativos socialistas y los agitados y resueltos comunistas, por lo que también apoyó desde 1937, iniciar la ruptura de los radicales con el Frente Popular francés. El radicalismo, con contadas excepciones, siguió la orientación de no dejarse arrastrar por sus aliados electorales a posiciones maximalistas que pudieran decantar situaciones irreversibles.

El gobierno del Frente Popular en Francia, bajo la presidencia del socialista Blum, tampoco se dejó desbordar por la acción directa del movimiento huelguístico que se desató en todo el país en mayo de 1936, y atajó las protestas sociales con el Pacto de Matignon, del 7 de junio de 1936. En ese acuerdo el gobierno, actuando como árbitro de sindicatos y patronal, impuso a la patronal un amplio conjunto de mejoras sociales como la jornada de 8 horas o las vacaciones pagadas, que determinó a los sindicatos a desconvocar las huelgas. Pero los conflictos sociales, aunque atenuados, continuaron. La presión de la patronal se intensificó, pues el amplio reconocimiento de derechos sociales realizado en el Pacto de Matignon se había logrado con la promesa de mantener la paz social. Y eso no estaba siendo precisamente respetado.

Paulatinamente, los radicales se fueron distanciando de sus más turbulentos aliados izquierdistas, los comunistas y los sindicalistas, ante las permanentes vacilaciones de los socialistas, que estaban siendo fuertemente empujados por los comunistas, que buscaban su absorción. La opción de los radicales de promover a Daladier a la presidencia del Consejo de Ministros, el 10 de abril de 1938, determinó el desmantelamiento del Frente Popular. Los radicales, bajo el gobierno de Daladier, volvieron a formar alianzas de gobierno con apoyo del centro y la derecha, hasta la derrota militar de 1940 ante Alemania.

En los años terminales de la III República, Herriot se vio cada vez más orientado hacia las opciones posibilistas. Su liderazgo le permitió, pese a todas las dificultades, situar al radicalismo en el mismo centro de la política francesa, con posición dominante sobre izquierda y derecha. En esos últimos años de la República, Herriot trabajó también por mejorar las relaciones con Gran Bretaña, y aconsejó a los radicales que rehuyesen todo maximalismo, especialmente en el asunto de la Guerra de España.

Fue esta una etapa de profunda insatisfacción, tanto personal, de Herriot, como política, en el conjunto del Partido Radical. La colaboración con la derecha tampoco resultaba muy satisfactoria para la salvaguardia de la República. Y Herriot se vio subordinado al papel de “Sabio de la República”, que le era atribuido por los más, en razón del reconocimiento general que había logrado durante su trayectoria. Y en esa misión, se vio en la necesidad de tomar o apoyar decisiones que no compartía, al menos plenamente, pero que entendía necesarias para los intereses de Francia. “Perezca mi nombre para que Francia y la república vivan”, llegó a escribir entonces.

El 3 de septiembre de 1939, Francia, junto a Inglaterra, declaró la guerra a Alemania, tras haberse producido la invasión nazi de Polonia el día 1 precedente. Pero, sin embargo, no declararon la guerra a la Unión Soviética, ni cuando Stalin se sumó al IV Reparto de Polonia, el 17 de septiembre, solo unos pocos días después de la agresión germana, ni tampoco cuando la Unión Soviética agredió a Finlandia, con la conformidad de Alemania, el 30 de noviembre de 1939.

En el frente franco-alemán se desarrolló una guerra lánguida, entre septiembre de 1939 y mayo de 1940. A la movilización francesa y a la llegada del contingente británico, siguió una guerra de posiciones sin ninguna clase de ataques. Pero esa apacible calma se vio brutalmente sacudida por la ofensiva alemana de mayo de 1940. La III República Francesa no sobrevivió al desastre y se encaminó hacia su desaparición tras la derrota militar, para ser sustituida por el Régimen de Vichy, que encabezó Pétain, tras la abolición de la III República, el 9 de julio de 1940.

Y, paradojas de la vida, quien había sido considerado unánimemente como el fascista oficial de Francia, el coronel François de La Rocque, que había liderado al derechista movimiento de la Cruz de Fuego, tras algunos tanteos con Pétain que fracasaron, fue de los que llamaron a formar la resistencia armada, dentro de Francia, contra la ocupación alemana y contra el régimen colaboracionista de Vichy. La Rocque fue detenido por los nazis el 9 de marzo de 1943, aunque sobrevivió a la captura.

Por el contrario, desde los primeros momentos de la ocupación alemana, el fascismo efectivo y el colaboracionismo lo lideraban en Francia los exsocialistas Laval y Déat, y el excomunista Doriot. Y los comunistas, que durante los dos primeros años de la guerra justificaron el ataque germano-ruso contra Polonia, adoptaron durante todo ese tiempo una posición lindante con el colaboracionismo, en la que se mantuvieron hasta la invasión de la Unión Soviética por Hitler, a finales de junio de 1941.

Herriot, que ejercía en junio de 1940 la Presidencia de la Asamblea Nacional, permaneció en Francia tras la derrota ante los nazis. Igualmente se mantuvo en su puesto de Alcalde de Lyon. Su posición, aun a riesgo de ser detenido, como finalmente sucedió, fue de firme y resuelta oposición a Vichy y al colaboracionismo, pero desde las instituciones.

Los inicios de la década de los años 30' del siglo XX fueron los momentos en los que Azaña se alzaría en la consideración general como el personaje republicano más destacado de la política española. En España y en el extranjero. En 1924, con su obra *Apelación a la República*, se había separado definitivamente de Melquiades Álvarez y había fundado, en 1925, un pequeño pero distinguido grupo político denominado Acción Republicana. Desde esa plataforma política había formado parte del Comité Revolucionario organizado en diciembre de 1930, tras el acuerdo por la República alcanzado en el Pacto de San Sebastián, en agosto de ese mismo año, al que también asistió, junto a Lerroux, en la denominada Alianza Republicana.

Tras el fracaso de la intentona revolucionaria de diciembre de 1930, y pese a la subsiguiente desbandada republicana, nadie pudo impedir que las elecciones municipales del 12 de abril de 1931 determinasen la proclamación de la República, el 14 de abril siguiente. Azaña entraba a formar parte del Gobierno Provisional de la II República española, en lo que había sido una meteórica carrera política.

En efecto, en 1931, con 50 años, Azaña pudo contemplar cómo había pasado de ser un integrante más del Partido Reformista de Melquíades Álvarez, a ser Ministro de la Guerra del Gobierno Provisional de la II República española. Había abandonado a los reformistas después del golpe de estado que implantó la Dictadura de Primo de Rivera. Y había formado, como ya se ha indicado, un pequeño partido (Acción Republicana), con el que había concurrido a la caída de la monarquía como uno de los principales protagonistas y dirigentes del movimiento para instaurar la II República española.

Como Jefe de Gobierno, aún con algunos cambios en sus gabinetes, impulsó desde diciembre de 1931, hasta septiembre de 1933, un ambicioso programa político de reformas. Pero las reformas propuestas ni fueron completas, pues desatendió algunas áreas decisivas, como la acción exterior, ni pudo llegar a verlo realizado en su totalidad. Durante esos dos largos años, tuvo que hacer frente a las casi constantes revueltas anarquistas y comunistas, que deterioraron permanentemente su acción de gobierno y dañaron su imagen ante la opinión pública.

Debe recordarse que, en ese bienio, los anarquistas y los comunistas desataron varias oleadas de huelgas revolucionarias (“gimnasia revolucionaria”, la llamaron ellos mismos). Las huelgas de la recogida de las cosechas en Andalucía, en 1931, preludiaron los siguientes episodios. El primero, la Huelga General de enero de 1932, y el segundo, los sucesos de Casaviejas, en enero de 1933. Todo acompañado de disturbios locales menores. La oleada de huelgas insurreccionales y la violencia que desataron contribuyeron a generar el citado daño sobre la imagen del gobierno Azaña.

Deterioro que aumentaría por los continuos encontronazos con los republicanos moderados y con la derecha, por razón de la escasa

empatía, más bien declarada antipatía, que se profesaba con el líder del gran partido republicano histórico, el Partido Radical de Alejandro Lerroux. La negativa de Azaña a colaborar con el Partido Radical español nunca fue bien comprendida por los radicales franceses, que permanecían unidos, pese a contar con diferentes tendencias entre ellos, como moderados, intransigentes, y hasta radical-socialistas. La falta de colaboración de los diferentes grupos republicanos entre sí fue una verdadera calamidad para la II República española, pues forzó a los radicales de Lerroux a buscar el apoyo de la derecha, al tiempo que se condenaba a los republicanos de izquierda a quedar sujetos al potente PSOE.

Casi podría decirse que, con independencia de los propósitos, la realidad de los republicanos españoles fue muy diferente a la que atravesaba el radicalismo francés. Este, instalado en su posición rectora de la política francesa, podía virar a la derecha o a la izquierda, con cierta flexibilidad, en una línea de dirección de las Instituciones de la República por la senda de la estabilidad, de la que Herriot fue un auténtico virtuoso. Por el contrario, los gobiernos de Azaña, entre diciembre de 1931 y septiembre de 1933, consiguieron verse aislados en el centro de la política española, por su progresivamente mayor incapacidad para poder encontrar aliados diferentes al PSOE, en lo que fue conformando una paulatina supeditación a los socialistas. Pero también a diferencia de los socialistas en Francia, el PSOE se radicalizó al pasarse abiertamente al campo revolucionario. El episodio de la elección de Azaña para la Presidencia de la República, con la confianza de que se formase un gobierno de Prieto, muestra esa supeditación. Y también demuestra lo poco fiables que resultaban como aliados los socialistas.

También es cierto que algunas de las más importantes reformas impulsadas por Azaña, en ese bienio, fueron quizá poco realistas, al menos en sus plasmaciones concretas más directas e inmediatas. Así, por ejemplo, el tratamiento de la cuestión religiosa no resultó a la postre nada satisfactorio, pues España distaba mucho de haber dejado de ser católica. La tensión religiosa creada a partir de los incendios de iglesias, en mayo de 1931, restaron popularidad a Azaña y a la misma República, pues la población seguía siendo mayoritariamente católica. Y ahí le faltó a Azaña más flexibilidad.

En cuanto a la reforma militar, si bien redujo el número de mandos, resolviendo el viejo problema de la macrocefalia militar que se arrastraba desde las guerras carlistas, no logró apenas el principal objetivo político buscado, que era el de conseguir un ejército plenamente subordinado y leal al régimen político republicano. En cuanto a la reforma educativa y a la reforma agraria, debe recordarse que ninguna de las dos dispuso inicialmente de fondos públicos, ya que los que estaban disponibles habían sido insuficientemente dotados.

Para completar el panorama, el PSOE había iniciado, desde septiembre de 1933, tras la victoria electoral del Partido Radical y de la CEDA en ese mismo mes, un proceso de “bolchevización”, como lo definieron los que lo lideraban, sobre todo Francisco Largo Caballero. Un proceso de radicalización revolucionaria al que se vio arrastrado, muy a su pesar, Indalecio Prieto, y que comenzó por la literal laminación del sector más moderado del PSOE, que lideraba Julián Besteiro. Ya en diciembre de 1933, Largo Caballero llamaba abiertamente a hacer la revolución social, como en Rusia.

En ese contexto, Azaña, tras cesar como Primer Ministro, se vio imposibilitado para poder aproximarse a fuerzas políticas diferentes a los socialistas y a la Esquerra Republicana, con quienes ya se había coaligado entre 1931 y 1933. Probablemente no era eso lo que más deseaba, pero no consiguió hacer otra cosa durante el crucial año de 1934. Así impulsó la oposición a los gobiernos centristas del Partido Republicano Radical español, y a la entrada de la derecha (la CEDA) en el gobierno.

Aunque tuvo información de la insurrección que preparaban los socialistas y la Esquerra, que culminó en la intentona revolucionaria de octubre de 1934, no se le consideró partícipe en esos disturbios revolucionarios y, en el procesamiento que siguió a su acusación como instigador de la Revolución de 1934, resultó absuelto.

Durante el año 1935, Azaña fue recuperando iniciativa política y desarrolló una potente campaña que culminó en la formación del Frente Popular. La convocatoria electoral para el 16 de febrero de 1936, forzada por el Presidente Alcalá-Zamora, facilitó la firma del Pacto del Frente

Popular. El pacto, pese a las apariencias, se había conformado con dos fuerzas principales. Por un lado, con un partido socialista lanzado a la acción revolucionaria, bajo el liderazgo de Largo Caballero, ya que Prieto no se sentía con fuerzas suficientes para disputarle la dirección. Por otra parte, con el pequeño pero muy apoyado por Moscú Partido Comunista que, liderado siempre por delegados de la Internacional Comunista (Codovilla, Togliatti, etc.), dada la escasa preparación de los comunistas patrios, preparaba la absorción del PSOE, en un proceso paulatino que ya presentaba notables avances, en los comienzos del año de 1936, en el ámbito de las juventudes y en el sindical.

Tras la primera vuelta de las elecciones de febrero de 1936, y de un modo realmente inverosímil, por las insólitas circunstancias concurrentes (incluida la literal huida del Presidente del Gobierno, Portela Valladares), Azaña formó un gobierno con elementos estrictamente republicanos, que presidiría hasta que, el 30 de abril siguiente, resultase elegido Presidente de la República, en sustitución de Alcalá-Zamora. Una sustitución que siempre ha sido objeto de muchas polémicas.

El acceso a la presidencia de la República limitó las posibilidades de acción política de Azaña, que tenía que subordinar sus inquietudes a la Alta Representación Institucional a que le obligaba el ejercicio de la Primera Magistratura Nacional. La escasa lealtad de sus aliados del Frente Popular está suficientemente descrita en los diarios de Azaña. Pero, a diferencia de los radicales franceses, Azaña no tenía forma posible de sustraerse a la influencia de los socialistas y nunca logró oponerse a las iniciativas, en ocasiones disparatadas, de los sectores revolucionarios del Frente Popular, en el tiempo que medió entre finales de abril y mediados de julio de 1936.

El gobierno que le sucedió estaba encabezado por un hombre de su entera confianza, Santiago Casares Quiroga que, pese a los deseos de integrar a los socialistas en el Ministerio, volvió a conformar un débil gabinete estrictamente republicano, sin que los socialistas se quisieran integrar en él. El gobierno, así, se encontraba muy solo en la Cámara y sin apoyos efectivos en la calle. La negativa del PSOE a integrarse en el gobierno se inspiraba en la estrategia revolucionaria que Largo Caballero había imprimido a su partido, y que buscaba deliberadamente esa debilidad gubernamental. Y ante esa situación, ni Azaña, ni Casares

Quiroga pudieron intentar siquiera reconducir la deriva hacia la contienda civil, en un proceso de violencia creciente en el que eran principales actores sus teóricos aliados socialistas y comunistas, y los sindicalistas.

En las semanas previas al estallido de la guerra civil, Azaña adoptó una posición absolutamente pasiva, casi resignado a dejarse llevar por la situación, sin posibilidad de proponer una acción política alternativa. Los republicanos ocupaban el centro político, sí, pero en el más absoluto aislamiento. El intento de constituir un gobierno presidido por Martínez Barrio, entre los días 18 y 20 de julio de 1936, intento forzado por Azaña para evitar que el golpe militar derivase en guerra civil, demostró palmariamente ese aislamiento. Y también demostraba la antes mencionada característica de Azaña y de los republicanos españoles de ser incapaces de encontrar aliados diferentes a los partidos revolucionarios, dentro de los que ya se encontraba el PSOE en su casi totalidad.

Esa posición pasiva la mantuvo Azaña hasta casi el final de la contienda. Y se acentuó cada vez más, durante el curso de la guerra, muy especialmente tras la formación del gobierno de Largo Caballero en septiembre de 1936. Tampoco consiguió entenderse con Negrín, a partir del nombramiento de éste como Primer Ministro, en mayo de 1937, en sustitución del gobierno de Largo Caballero. Vivió la guerra casi como espectador, dejando uno de los relatos más terribles y desoladores que se han escrito sobre aquella contienda, “La Velada en Benicarló, diálogo de la guerra de España”, escrita en 1937.

La ofensiva sobre Cataluña iniciada por los sublevados a finales de diciembre de 1938 puso de relieve la enorme debilidad del bando gubernamental. Y es que los franquistas ocuparon Cataluña sin prácticamente lucha alguna, en el brevísimo plazo de poco más de un mes. Azaña nunca creyó posible la victoria sobre los sublevados y, a medida que la guerra avanzaba, tampoco la consideró deseable. El hundimiento militar de Cataluña en tan breve lapso de tiempo le decidió a abandonar.

Tras la caída de Cataluña, el 3 de febrero de 1939, Azaña pasó a territorio francés, para no regresar jamás a España. Fue su última salida

de España, la definitiva. Y, finalmente, el 27 de febrero de 1939, en París, presentó su dimisión de la Presidencia de la República al Presidente de las Cortes. Dos días antes, Francia e Inglaterra habían reconocido oficialmente al gobierno de Franco.

El estallido de la guerra civil había sumido a Azaña en una grave crisis personal. Fue de los muy pocos que comprendió desde el primer momento que la guerra civil, con independencia del resultado que finalmente tuviese, era sobre todo el fracaso de la obra a la que tantos esfuerzos había dedicado: era el fracaso de la II República española. Una comprensión tanto más dolorosa, cuanto que se producía al mismo tiempo que él ocupaba la primera magistratura de esa República.

No fue un atemorizado derrotista, ni un cobarde patológico lindante con la traición, como injustamente le ha retratado tradicionalmente una línea historiográfica que se pretende “progresista”, y cuyo último hito conocido es la reciente obra de Paul Preston, *El Final de la Guerra: la última puñalada a la República* (Debolsillo-Penguin, Barcelona 2016, especialmente en las páginas 61 a 64). Azaña fue sólo uno de los primeros que atisbó la tremenda frustración nacional que, en sí misma, supuso la contienda. Y seguramente creyó con profunda convicción que el triunfo final, de unos u otros, no podría mitigar ni agravar mucho el enorme fracaso, incluso personal para él, que significó para toda España en su conjunto la guerra civil.

Uno de los muchos desengaños que sufrió Azaña en su breve exilio francés tuvo como protagonista a Herriot. Una anécdota casi menor, pero muy reveladora. En los días amargos para Francia de comienzos de julio de 1940, con Rivas Cherif recién secuestrado y cuando se temía que incluso Azaña pudiera ser entregado a Franco, éste intentó comunicar telefónicamente con Herriot, quien rehusó atenderle y le cortó la comunicación.

Herriot, tras la derrota de Francia en junio de 1940, y en su condición de Presidente de la Asamblea Nacional, se opuso frontalmente a la aventura colaboracionista de Pétain y su “Francia de Vichy”, a la que nunca tuvo miedo de criticar abiertamente. Pero tampoco quiso integrarse en el gobierno de liberación formado por el Comité Francia

Libre, de De Gaulle. La ocupación alemana de la Francia de Vichy, en noviembre de 1942, significó su destitución como alcalde, y su arresto hasta 1944, año en el que fue deportado a Alemania, a Postdam, donde fue liberado por el Ejército Soviético al final de la contienda. Su arresto fue motivado por su negativa a prestarse al último intento del gobierno colaboracionista de Laval de convocar las antiguas cámaras de la Asamblea Nacional.

Herriot regresó a Francia en el mismo año de 1945, volvió a ser elegido Alcalde de Lion, fue testigo de cargo en el proceso al Mariscal Petain y volvió a presidir el Partido Radical. Como también volvió a ser diputado en la Asamblea Nacional de la IV República, Asamblea que presidió hasta 1954. Y también ingresó en la Academia Francesa, en 1946. En particular, Herriot trabajó con mucho interés en el proceso de integración Europea, culminado en el Tratado de Roma de 1956, que creó la Comunidad Económica Europea. También continuó ocupándose con mucho afán en el mantenimiento y la mejora de las relaciones con Gran Bretaña.

La crisis de la IV República, evidente desde la década anterior, se hizo insostenible a mediados de la década de los 50'. Las sucesivas crisis de Cochinchina y de Argelia hicieron imposible el mantenimiento del sistema político inaugurado en 1945. El proceso, que fue evidente para todos, fue seguido por Herriot con honda preocupación. Murió en 1957, antes de que la IV República, de la que había sido fundador, entrase en la crisis que finalmente la hizo perecer en 1958, con la creación por De Gaulle de la V República Francesa. Con ella también pereció el parlamentarismo republicano de origen decimonónico, en el que Herriot había nacido a la política, en el que había desarrollado su carrera y en el que siempre había creído.

Ambos, Azaña y Herriot, han quedado, en la historia de sus respectivos países, como los hombres más representativos de una generación de políticos que no supieron, no quisieron o no pudieron evitar el desastre final de las repúblicas, la II Española y las III y IV Francesas, a las que amaron y a las que dedicaron sus mayores esfuerzos, pero que ni fueron capaces de evitar su hundimiento final, ni de salvarlas.

## BIBLIOGRAFÍA

### HERRIOT

- 1.- Vv. Aa: *Les Grandes Figures du Radicalisme: Les Radicaux dan le siècle (1901-2001)*, obra colectiva dirigida por Alexandre Dorna con motivo de la celebración del Centenario de la creación del Partido Radical (1901), Editions Privat, París 2001. Especialmente el apartado dedicado a Herriot (pp. 175 a 179).
- 2.- Serge Berstein, *Édouard Herriot ou la République en personne*, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1985.
- 3.- Serge Berstein, *Histoire du Parti radical*, vol. 1: *La recherche de l'âge d'or, 1919-1926*, Paris, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1980.
- 4.- Serge Berstein, *Histoire du Parti radical*, vol. 2: *Crise du radicalisme, 1926-1939*, Paris, Presses de la Fondation nationale des sciences politiques, 1982.
- 5.- Jacques Chastenet, *Histoire de la Troisième République*, vol. 5: *Les années d'illusions, 1918-1931*, Paris, Librairie Hachette, 1960.

### AZAÑA

- 1.- *Obras Completas*, edición de Juan Marichal, reeditada en 1990, en Madrid, Ediciones Giner.
- 2.- Santos Juliá, *Vida y Tiempo de Manuel Azaña (1880-1940)*, Taurus, Madrid, 2008.
- 3.- Manuel Muela, *Azaña, estadista*, Editorial Nuestra Cultura, Madrid, 1983.
- 4.- Juan Marichal, *La vocación de Manuel Azaña*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

5.- Federico Jiménez Losantos, *La última salida de Manuel Azaña*, Premio Espejo de España 1994, Planeta, Barcelona, 1994.

#### OTRAS OBRAS

1.- Antonio Escohotado, *Los enemigos del comercio*, volumen II, Espasa Calpe, Madrid, 2013. Especialmente los dos epígrafes dedicados a la restitución en clave ibérica (pp. 489 a 512).

2.- Ángeles Egado, “Los antecedentes de la intervención extranjera: la República y Francia”, en Internet (<http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:ETFSerie5-15E8313B-1C33-48A7-3C29-3E33390FB977/Documento.pdf>).

3.- Paul Preston, *El Final de la Guerra: la última puñalada a la República*. Debolsillo-Penguin, Barcelona, 2016.